

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

26 de marzo de 2023

El Papa prosigue las reflexiones sobre el celo apostólico del creyente

El testimonio de una Iglesia que se evangeliza para evangelizar



Para dar un testimonio creíble «también la Iglesia en cuanto tal debe comenzar con la evangelización de sí misma» de otra manera «se queda en una pieza de museo». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 22 de marzo. Prosiguiendo las catequesis sobre la pasión por el anuncio y el celo apostólico del creyente, el Pontífice se detuvo en la importancia del testimonio como primer camino de evangelización, dejándose inspirar por la exhortación apostólica «Evangelii nuntiandi» de san Pablo VI.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy nos ponemos a la escucha de la “carta magna” de la evangelización en el mundo contemporáneo: la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI (EN, 8 de diciembre de 1975). Es actual, fue escrita en 1975, pero es como si hubiera sido escrita ayer. La evangelización es más que una simple transmisión doctrinal y moral. Es en primer lugar testimonio: no se puede evangelizar sin testimonio; testimonio del encuentro personal con Jesucristo, Verbo Encarnado en el cual la salvación se ha cumplido. Un testimonio indispensable porque, ante todo, el mundo necesita «evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente» (EN, 76). No es transmitir una ideología o una “doctrina” sobre Dios, no. Es transmitir a Dios que se hace vida en mí: esto es dar testimonio; y además porque «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, [...] o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio» (ibid., 41). El testimonio de Cristo, por tanto, es al mismo tiempo el primer medio de la evangelización (cf. ibid.) y condición esencial para su eficacia (cf. ibid., 76), para que sea fructuoso el anuncio del Evangelio. Ser testigos.

Es necesario recordar que el testimonio compren-

SIGUE EN LA PÁGINA 8

El Papa en la parroquia romana de Santa María delle Grazie en el Trionfale

Celebración penitencial con ocasión de las “24 horas para el Señor”

No un tribunal humano sino abrazo divino

En la tarde del viernes 17 de marzo, el Papa Francisco fue a la parroquia romana de Santa María delle Grazie en el Trionfale, donde presidió la liturgia penitencial para la reconciliación con la confesión y la absolución individual de algunos penitentes. El rito abrió la iniciativa cuaresmal “24 horas para el Señor”, promovida por el Dicasterio para la Evangelización, que se celebra en las diócesis de todo el mundo hasta el sábado 18 de marzo, vigilia del domingo “laetare”. Publicamos la homilía pronunciada por el Pontífice.

«Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo» (Flp 3,7). De este modo se expresaba san Pablo en la primera lectura que hemos escuchado. Y si nos preguntamos qué es lo que dejó de considerar fundamental en su vida, más aún, lo que le alegraba perder con tal de encontrar a Cristo, vemos que no se trata de realidades materiales, sino de “riquezas religiosas”. Él era en verdad un hombre piadoso, un hombre con gran celo, un fariseo leal y observante (cf. vv. 5-6). Sin embargo, ese aspecto religioso, que podía constituir un mérito, un motivo de orgullo, una riqueza sagrada, para él era en realidad un impedimento. Y entonces, Pablo afirma: «He sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo» (v. 8). Todo lo que le había dado un cierto prestigio, una cierta fama; “olvidalo, para mí Cristo es más importante”.

Quien es demasiado rico de sí mismo y de su propia “valía” religiosa presume de ser justo y mejor que los demás —cuántas veces pa-



sa esto en la parroquia: “Yo soy de la Acción Católica, yo ayudo al sacerdote, yo recojo la ofrenda; yo, yo, yo”, cuántas nos creemos mejores que los demás; cada uno, en su propio corazón, piense si alguna vez le pasó—, quien actúa así se complace en el hecho de que ha salvado las apariencias; se siente bien, pero de ese modo no puede darle lugar a Dios, porque no lo necesita. Y muchas veces los “católicos limpios”, los que se sienten justos porque van a la parroquia, porque van a Misa los domingos y presumen de ser justos: “No, yo no necesito nada, el Señor ya me salvó”. ¿Qué fue lo que pasó? Que el lugar de Dios lo ha ocupado con su propio “yo” y entonces, aunque recite oraciones y realice

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalerunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo@spc.va

acciones sagradas, no dialoga verdaderamente con el Señor. Tiene monólogos, no diálogo ni oración. Por eso la Escritura recuerda que sólo «la súplica del humilde atraviesa las nubes» (Si 35,17), porque sólo quien es pobre de espíritu, quien se siente necesitado de la salvación y mendigo de la gracia, se presenta ante Dios sin exhibir méritos, sin pretensiones, sin presunción. No tiene nada y por eso encuentra todo, porque encuentra al Señor.

Esta enseñanza nos la ofrece Jesús en la parábola que hemos escuchado (cf. Lc 18,9-14). Es el relato

des con la hipocresía. Y muchas veces también nosotros maquilamos nuestra vida. Este fariseo no espera la salvación del Señor como un don, sino que casi la pretende como un premio por sus méritos. “Hice los deberes, ahora dame el premio”. Este hombre avanza sin titubeos hacia el altar de Dios –con la frente alta– para ocupar su puesto, en primera fila, pero acaba por ir demasiado adelante y ponerse frente a Dios.

En cambio el otro, el publicano, se mantiene a distancia. No trata de abrirse paso, se queda en el fondo. Pero precisamente esa dis-

la Escritura recuerda que sólo «la súplica del humilde atraviesa las nubes» (Si 35,17), porque sólo quien es pobre de espíritu, quien se siente necesitado de la salvación y mendigo de la gracia, se presenta ante Dios sin exhibir méritos, sin pretensiones, sin presunción

de dos hombres, un fariseo y un publicano, que van al templo a rezar, pero sólo uno llega al corazón de Dios. Antes de lo que hacen, es su lenguaje corporal el que habla. El Evangelio dice que el fariseo oraba «de pie» (v. 11), con la frente alta, mientras que el publicano, «manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo» (v. 13), por vergüenza. Reflexionemos un momento sobre estas dos posturas.

El fariseo está de pie. Está seguro de sí, erguido y triunfante como alguien que debe ser admirado por sus capacidades, como un ejemplo. Con esta actitud reza a Dios, pero en realidad se celebra a sí mismo: yo voy al templo, yo cumplo los preceptos, yo doy limosna. Formalmente su oración es irreprochable, exteriormente se ve como un hombre piadoso y devoto, pero, en vez de abrirse a Dios presentándole la verdad del corazón, enmascara sus fragilida-

tancia, que manifiesta su ser pecador respecto a la santidad de Dios, es lo que le permite experimentar el abrazo bendicente y misericordioso del Padre. Dios puede alcanzarlo precisamente porque, permaneciendo a distancia, ese hombre le ha hecho espacio. No habla de sí mismo, sino habla pidiendo perdón, habla mirando a Dios. ¡Qué cierto es esto también en nuestras relaciones familiares, sociales y eclesiales! Hay verdadero diálogo cuando sabemos guardar un espacio entre nosotros y los demás, un espacio saludable que permite a cada uno respirar sin ser absorbido o anulado. Entonces ese diálogo, ese encuentro puede acortar la distancia y crear cercanía. Esto también sucede en la vida de ese publicano. Quedándose en el fondo del templo, se reconoce en verdad tal como es, pecador, ante Dios: distante, y de este modo permite que Dios se acerque a él.

Hermanos, hermanas, recordemos esto: el Señor llega a nosotros cuando tomamos distancia de nuestro yo presuntuoso. Pensemos: ¿Soy presuntuoso? ¿Me creo mejor que los demás? ¿Miro a alguien con un poco de desprecio? “Te agradezco, Señor, porque me has salvado y no soy como esta gente que no entiende nada, yo voy a la iglesia, voy a Misa; yo estoy casado, casada por la iglesia, estos divorciados son unos pecadores...”; ¿es así tu corazón? Irás al infierno. Para acercarse a Dios, es necesario decirle al Señor: “Yo soy el primero de los pecadores, y si no he caído en la suciedad más grande es porque tu misericordia me tomó de la mano. Gracias a Ti, Señor, estoy vivo; gracias a Ti, Señor, yo no me he destruido con el pecado”. Dios puede acortar la distancia con nosotros cuando honestamente, sin falsedades, le presentamos nuestra fragilidad. Nos da la mano para levantarnos cuando sabemos “tocar fondo” y volvemos a Él con sinceridad de corazón. Así es Dios, nos espera en el fondo, porque en Jesús Él quiso “ir hasta el fondo”, porque no tiene miedo de descender hasta los abismos que nos habitan, de tocar las heridas de nuestra carne, de acoger nuestra pobreza, de acoger los fracasos de la vida, los errores que cometemos por debilidad o negligencia, y todos los hemos cometido. Dios nos espera allí, en el fondo, nos espera especialmente cuando, con mucha humildad, vamos a pedirle perdón en el sacramento de la confesión, como haremos hoy. Nos espera allí.

Hermanos y hermanas, hagamos hoy un examen de conciencia, cada uno de nosotros, porque tanto el fariseo como el publicano habitan en nuestro interior. No nos escondamos detrás de la hipocresía de las apariencias, sino confiemos a la misericordia del Señor nuestras oscuridades, nuestros errores. Pensemos en nuestros errores, en nuestras miserias, también en

aquello que por vergüenza no somos capaces de compartir, y está bien, pero a Dios hay que mostrárselo. Cuando nos confesamos, nos ponemos en el fondo, como el publicano, para reconocer también nosotros la distancia que nos separa entre lo que Dios ha soñado para nuestra vida y lo que realmente somos cada día: unos pobres necesitados. Y, en ese momento, el Señor se acerca, acorta las distancias y vuelve a levantarnos; en ese momento, mientras nos reconocemos desnudos, Él nos viste con el traje de fiesta. Y esto es, y debe ser, el sacramento de la reconciliación: un encuentro festivo, que sana el corazón y deja paz interior; no un tribunal hu-

contrición del corazón, también nosotros supliquemos como el publicano: «Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador» (v. 13). Digámoslo juntos: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. Cuando me olvido de ti o te descuido, cuando antepongo mis propias palabras y las del mundo a tu Palabra, cuando presumo de ser justo y desprecio a los otros, cuando critico a los demás: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. Cuando no me ocupo de los que me rodean, cuando permanezco indiferente ante quien es pobre y sufre, es débil o marginado: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. Por los pecados contra la vida, por el mal tes-

Dios nos espera allí, en el fondo, nos espera especialmente cuando, con mucha humildad, vamos a pedirle perdón en el sacramento de la confesión, como haremos hoy. Nos espera allí

mano al que tenemos miedo, sino un abrazo divino con el que somos consolados.

Una de las cosas más hermosas del modo en que Dios nos acoge es la ternura del abrazo que nos da. Si nosotros leemos cuando el hijo pródigo regresa a casa (cf. Lc 15,20-22) vemos que cuando comienza su discurso, el padre no lo deja hablar, lo abraza y él no puede hablar. El abrazo misericordioso. Y aquí me dirijo a mis hermanos confesores: por favor, hermanos, perdonen todo, perdonen siempre, sin meter demasiado el dedo en las conciencias; dejen que la gente diga sus cosas y ustedes reciban lo que digan como Jesús, con la caricia de su mirada, con el silencio de su comprensión. Por favor, el sacramento de la confesión no es para torturar, sino para dar paz. Perdonen todo, como Dios les perdonará todo a ustedes. Todo, todo, todo.

En este tiempo cuaresmal, con la

timonio que ensucia el rostro hermoso de la Madre Iglesia, por los pecados contra la creación: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. Por mis falsedades, por mi falta de honradez, por mi falta de transparencia y de rectitud: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. Por mis pecados ocultos, esos que nadie conoce, por el mal que he causado a los demás aun sin darme cuenta, por el bien que podría haber hecho y no hice: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.

En silencio, repitamos durante unos instantes, con el corazón arrepentido y lleno de confianza: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. En silencio. Que cada uno lo repita en su corazón. Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador. En este acto de arrepentimiento y confianza, nos abriremos a la alegría del don más grande, que es la misericordia de Dios.

El Pontífice a los jóvenes del Proyecto Policoro promovido por la Conferencia episcopal italiana

Hay necesidad de buena política para acercar la vida de la gente

Hay necesidad de "buena política" para acercar la vida de la gente. Es lo que subrayó el Papa Francisco en el discurso a los jóvenes participantes en el Proyecto Policoro promovido por la Conferencia episcopal italiana. El Pontífice les recibió en audiencia la mañana del sábado 18 de marzo, en la Sala Clementina.

Querido monseñor Baturi, queridos jóvenes, ¡bienvenidos!

Gracias por los saludos que me habéis dirigido. Este encuentro me da la ocasión de animar el recorrido de formación sociopolítica que da continuidad al "Proyecto Policoro" de la Iglesia italiana. Me gusta subrayar que la exigencia de este recorrido nació desde abajo, de vuestra necesidad de formaros para un servicio en la sociedad y en la política; y también para poder, a su vez, colaborar en la formación de otros jóvenes. Este año tenéis como tema la paz. Es un tema que no puede faltar en la formación sociopolítica, y lamentablemente también es urgente a causa de la situación actual. La guerra es el fracaso de la política. Esto hay que subrayarlo: la guerra es el fracaso de la política. Se alimenta del veneno que considera al otro como enemigo. La guerra nos hace tocar con la mano lo absurdo de la carrera armamentística y de su uso para la resolución de conflictos. Me decía un técnico que si durante un año no hicieran armas se podría eliminar el hambre en el mundo. Por tanto, es necesaria una "mejor política" (cfr Enc. *Fratelli tutti*, cap. 5), que presupone precisamente lo que estáis haciendo vosotros, es decir educar a la paz. Esta es la responsabilidad de todos. Hacer la guerra, pero otra guerra, una guerra interior, una guerra sobre uno mismo para trabajar por la paz.

Hoy la política no goza de buena fama, sobre todo entre los jóvenes, porque ven los escándalos, tantas cosas que todos conocemos. Las causas son múltiples, pero ¿cómo no pensar en la corrupción, en la ineficiencia, en la distancia de la vida de la gente? Precisamente por esto hay todavía más necesidad de buena política. Y la diferencia la marcan las personas. Lo vemos en las administraciones locales: una cosa es un alcalde o un asesor disponible, y otra es quien es inaccesible; una cosa es la política que escucha la realidad, que escucha a los pobres, y otra es la que está cerrada en los edificios, la



política "destilada".

Me viene a la mente el episodio bíblico del rey Acab y de la viña de Nabot. El rey quiere apropiarse de la viña de Nabot, para agrandar su jardín; pero Nabot no quiere y no puede venderla, porque esa viña es la herencia de sus padres. El rey está enfadado y "se enfurruña", como un niño consentido. Entonces su mujer, la reina Jezabel -¡que es un diablillo! - resuelve el problema haciendo eliminar a Nabot con una falsa acusación. Así Nabot es asesinado y el rey toma su viña. Acab representa la peor política, la de ir adelante y hacer hueco echando a los otros, la que persigue no el bien común sino intereses particulares y usa cualquier medio para satisfacerlos. Acab no es padre, es patrón, y su gobierno es el dominio. San Ambrosio escribió un librito sobre esta historia bíblica, titulado *La viña de Nabot*. En un determinado momento, dirigiéndose a los poderosos, Ambrosio escribe: «¿Por qué expulsáis a quienes comparten los bienes de la naturaleza y reclamáis para vosotros la posesión de los bienes naturales? La tierra fue creada en comunión para todos, para ricos y para pobres. [...] La naturaleza no sabe qué son los ricos, ella que genera todos igualmente pobres. Cuando nacemos no tenemos ropa, no venimos al mundo cargados de oro y plata. Esta tierra nos pone en

el mundo desnudos, necesitados de comida, de ropa y de bebida. La naturaleza [...] nos crea a todos iguales y a todos igualmente nos encierra en el vientre de un sepulcro» (1, 2). Esta pequeña pero preciosa obra de san Ambrosio será útil para vuestra formación. La política que ejerce el poder como dominio y no como servicio no es capaz de cuidar, pisa a los pobres, explota la tierra y afronta los conflictos con la guerra, no sabe dialogar. Como ejemplo bíblico positivo podemos tomar la figura de José hijo de Jacob. Recordad que él es vendido como esclavo por sus hermanos, que tenían envidia de él, y es llevado a Egipto. Allí, tras algunas vicisitudes, es liberado, entra al servicio del faraón y se vuelve una especie de virrey. José no se comporta como un patrón, sino como padre: cuida del país; cuando llega la carestía organiza las reservas de grano para el bien común, tanto que el faraón dice al pueblo: «Haced lo que él [José] os diga» (*Gen* 41,55) - la misma frase que María dirá a los siervos en la boda de Caná refiriéndose a Jesús-. José, que ha sufrido la injusticia personalmente, no busca el propio interés sino el del pueblo, paga en persona por el bien común, se hace artesano de paz, teje relaciones capaces de innovar la sociedad. Escribía don Lorenzo Milani: «El problema de los otros es igual al mío. Salir de él

todos juntos es la política. Salir de él solos es avaricia». ^[1] Es así, es sencillo.

Estos dos ejemplos bíblicos, uno negativo, el otro positivo, nos ayudan a entender qué espiritualidad puede alimentar la política. Tomo solo dos aspectos: la ternura y la fecundidad. La ternura es «el amor que se hace cercano y concreto [...]». Es el camino que han recorrido los hombres y las mujeres más valientes y fuertes. En medio de la actividad política, los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos: tienen "derecho" de llenarnos el alma y el corazón» (Enc. *Fratelli tutti*, 194). La fecundidad está hecha de compartir, de mirada a largo plazo, de diálogos, de confianza, de comprensión, de escucha, de tiempo gastado, de respuestas preparadas y no pospuestas. Significa mirar hacia el futuro e invertir sobre las generaciones futuras; iniciar procesos en vez de ocupar espacios. Esta es la regla de oro: ¿tu actividad es para ocupar un espacio para ti? No va bien. ¿Para tu grupo? No va bien. Ocupar espacios no va bien, iniciar procesos va bien. El tiempo es superior al espacio.

Queridos amigos, quisiera concluir proponiéndos las preguntas que todo buen político debería hacerse: «¿Cuánto amor puse en mi trabajo, en qué hice avanzar al pueblo, qué marca dejé en la vida de la sociedad, qué lazos reales construí, qué fuerzas positivas desaté, cuánta paz social sembré, qué provoqué en el lugar que se me encomendó?» (ibid., 197). Que vuestra preocupación no sea el consenso electoral ni el éxito personal, sino involucrar a las personas, generar emprendimiento, hacer florecer sueños, hacer sentir la belleza de pertenecer a una comunidad. La participación es el bálsamo sobre las heridas de la democracia. Os invito a dar vuestra contribución, a participar y a invitar a vuestros coetáneos a hacerlo, siempre con el fin y es estilo del servicio. El político es un servidor; cuando el político no es un servidor es un mal político, no es un político.

Gracias por vuestro compromiso. Id adelante y que la Virgen os acompañe. De corazón os bendigo, y os pido por favor que recéis por mí. ¡Gracias!

^[1] Carta a una profesora, Florencia 1994, 14.

En la audiencia a los refugiados llegados a Europa a través de los corredores humanitarios Francisco recuerda el naufragio de Cutro y el conflicto en Ucrania

Para superar los muros de la indiferencia

«El Papa no renuncia a buscar la paz, a esperar en la paz y a rezar por ella»

Acoger e integrar superando los «muros de indiferencia sobre los que muchas veces se hace añicos la esperanza de muchas personas que esperan durante años en situaciones dolorosas e insostenibles». Lo pidió el Papa Francisco recibiendo en audiencia, la mañana del sábado 18 de marzo en el Aula Pablo VI, refugiados llegados a Europa a través de los corredores humanitarios, junto a las familias y a los representantes de las comunidades que les acogen y cuidan la integración.

Queridos amigos y amigas, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias a los que han intervenido para explicar la iniciativa y para dar su testimonio. Estoy contento de encontrar a tantas personas refugiadas y a sus familias que han llegado a Italia, Francia, Bélgica y Andorra a través de los corredores humanitarios. Su realización se debe tanto a la creatividad generosa de la comunidad de San Egidio, de la Federación de las Iglesias Evangélicas y de la Mesa Valdense, como a la red acogedora de la Iglesia italiana, en particular de Caritas, tanto por el empeño del Gobierno italiano como de los Gobiernos que os han recibido. Los corredores humanitarios iniciaron en el 2016 como respuesta a la situación cada vez más dramática en la ruta Mediterránea. Hoy tenemos que decir que esa iniciativa es trágicamente actual, incluso, más necesaria que nunca; lo atestigua también lamentablemente el reciente naufragio en Cutro. Ese naufragio no debía ocurrir, y es necesario hacer todo lo posible para que no se repita. Los corredores construyen puentes que muchos niños, mujeres, hombres, ancianos, procedentes de situaciones muy precarias y de graves peligros, finalmente han recorrido en seguridad, legalidad y dignidad hasta los países de acogida. Cruzan fron-

teras y, más aún, los muros de indiferencia sobre los que muchas veces se hace añicos la esperanza de muchas personas que esperan durante años en situaciones dolorosas e insostenibles.

Cada uno de vosotros merece atención por la historia dura que ha vivido. En particular, quisiera recordar a los que han pasado a través de los campos de detención en Libia; en más de una ocasión he podido escuchar sus experiencias de dolor, humillaciones y violencias. Los corredores humanitarios son un camino viable para evitar las tragedias y los peligros vinculados al tráfico de seres humanos. Sin embargo, son necesarios todavía muchos esfuerzos para extender este modelo y para abrir más vías legales para la migración. Donde falta la voluntad política, los modelos eficaces como el vuestro ofrecen nuevos caminos transitables. Por otro lado, una migración segura, ordenada, regular y sostenible está en el interés de todos los países. Si no se ayuda a reconocer esto, el riesgo es que el miedo apague el futuro y justifique las barreras sobre las que se rompen las vidas humanas.

El trabajo que vosotros hacéis, identificando y acogiendo personas vulnerables, trata de responder en la forma más adecuada a un signo de los tiempos. Indica un camino a Europa, para que no se quede bloqueada, asustada, sin visión del futuro. En efecto, «el encerrarse en uno mismo o en su propia cultura nunca es el camino para devolver la esperanza» (*Discurso a la Universidad Roma Tre, 17 de febrero de 2017*). En realidad, la historia europea se ha desarrollado a lo largo de los siglos a través de la integración de poblaciones y culturas diferentes. ¡No tengamos miedo del futuro!



Los corredores humanitarios no solo tienen como objetivo hacer llegar a Italia y otros países europeos a personas refugiadas, arrebatándolos de situaciones de incertidumbre, peligro y esperas infinitas; también trabajan por la integración, porque no hay acogida sin integración. Al mismo tiempo, en vuestro trabajo habéis aprendido que la integración no está privada de dificultades. No todos aquellos que llegan están preparados para el largo camino que les espera. Por eso es importante aplicar aún más atención y creatividad para informar mejor a aquellos que tienen la oportunidad de venir a Europa sobre la realidad que encontrarán. Y no olvidemos que las personas deben ser acompañadas desde el inicio hasta el final. Vuestro rol termina cuando una persona está verdaderamente integrada en nuestra sociedad. Enseña la Sagrada Escritura: «Al forastero que reside junto a vosotros, le miraréis como a uno de vuestro pueblo» (*Lv 19,34*).

Saludo aquí a los cientos de personas, familias, comunidades, que se han puesto a disposición generosamente para realizar este proceso virtuoso. Habéis abierto vuestros cora-

zones y vuestras casas. Habéis sostenido con vuestros recursos la integración y habéis involucrado a otras personas. Os doy las gracias de corazón: vosotros representáis un rostro hermoso de Europa, que se abre al futuro y paga en persona.

A vosotros, promotores de los “corredores”, a los religiosos y religiosas, a las personas y organizaciones que habéis participado en ellos, quisiera decir: sois mediadores de una historia de integración, no intermediarios que ganan aprovechando la necesidad y el sufrimiento. No sois intermediarios sino mediadores, y demostráis que, si se trabaja con seriedad para sentar las bases, es posible acoger e integrar eficazmente.

Esta historia de acogida es un compromiso concreto por la paz. Están presentes entre vosotros varios refugiados ucranianos; a ellos les quiero decir que el Papa no renuncia a buscar la paz, a esperar en la paz y a rezar por ella. Lo hago por vuestro país martirizado y por los otros que están golpeados por la guerra; aquí de hecho hay muchas personas que han huido de otras guerras. Y este servicio a los pobres, a los desplazados y refugiados es también una ex-

periencia fuerte de unidad entre los cristianos. De hecho, esta iniciativa de los corredores humanitarios es ecuménica. Es un bonito signo que une hermanos y hermanas que comparten la fe en Cristo. Os saludo con afecto a los que entre vosotros han pasado a través de los corredores humanitarios y que ahora viven una nueva vida. Habéis mostrado una firme voluntad de vivir libres del miedo y de la inseguridad. Habéis encontrado amigos y personas que os apoyan que son hoy para vosotros una segunda familia. Habéis estudiado una nueva lengua y conocido una nueva sociedad. Todo esto ha sido difícil, pero es fecundo. Lo digo también como hijo de una familia de emigrantes que ha hecho este recorrido. Vuestro buen ejemplo y vuestra laboriosidad ayudan a desmentir los medios y las alarmas hacia los extranjeros. Es más, vuestra presencia pueda ser una bendición para el país en el que os encontráis y del que habéis aprendido a respetar las leyes y la cultura. La hospitalidad que se os ha ofrecido se ha convertido para vosotros en motivo para restituir: de hecho, algunos de vosotros se comprometen en el servicio a los otros que están necesitados.

Así, queridos hermanos y hermanas, en esta nuestra asamblea, donde están juntos y casi se confunden los que acogen y los que son acogidos, podemos degustar la palabra del Señor Jesús: «era forastero y me acogisteis» (*Mt 25,35*). Esta palabra nos indica a todos nosotros el camino. Un camino para recorrer juntos, con perseverancia. ¡Gracias por haberlo abierto y haberlo trazado! ¡Id adelante! El Señor os bendiga y la Virgen, Madre del camino, os custodie.

También yo os bendigo de corazón, y os pido por favor que recéis por mí.

Audiencia del Papa a una delegación de monjes budistas de Taiwán

Hay una necesidad de oasis de encuentro para educar en la sabiduría y la humanidad



Son necesarios «tiempos y espacios sagrados como oasis de encuentro, donde hombres y mujeres pueden obtener la inspiración necesaria para vivir sabiamente y bien»: lo dijo el Papa recibiendo en la mañana del jueves 16 de marzo, en la Sala Clementina, a una delegación de monjes budistas taiwaneses reunidos para una peregrinación educativa interreligiosa.

¡Ilustre abad, queridos hermanos y hermanas!

Me alegra daros la bienvenida a vosotros, que representáis el budismo humanista en Taiwán, y al delegado de la Iglesia católica. Vuestra presencia hoy testimonia el espíritu de amistad y colaboración que cultiváis como creyentes, firmemente enraizados en vuestros respectivos recorridos religiosos. Nuestro encuentro tiene lugar poco después de la muerte del venerable maestro Hsing Yun, patriarca fundador del Monasterio de Fo Guang Shan. Conocido en todo el mundo por su contribución al budismo humanista, él ha sido también un maestro de la

hospitalidad interreligiosa.

Vuestra visita, que habéis definido una peregrinación educativa, representa una ocasión privilegiada para hacer progresar la cultura del encuentro, en la que asumimos el riesgo de abrirnos a los otros, confiando en descubrir en ellos amigos, hermanos y hermanas, y de esta manera aprendemos y descubrimos más sobre nosotros mismos. De hecho, experimentando a los otros en su diversidad, somos animados a salir de nosotros mismos y a aceptar y abrazar nuestras diferencias.

Una peregrinación educativa interreligiosa puede ser fuente de gran enriquecimiento, ofreciendo múltiples oportunidades de encuentro, de aprendizaje recíproco y de valoración de nuestras diferentes experiencias. La cultura del encuentro construye puentes y abre ventanas sobre los sagrados valores y principios que inspiran a los otros. Abate los muros que dividen a las personas y las tienen prisioneras de preconceptos, prejui-

cios o indiferencia.

Una peregrinación educativa en los lugares sagrados de una religión – como la que vosotros estáis haciendo – puede enriquecer también nuestro aprecio sobre la peculiaridad de su enfoque a lo divino. Las obras maestras del arte religioso que nos rodean en Vaticano y en toda Roma reflejan la convicción de que, en Jesucristo, Dios mismo se ha hecho “peregrino” en este mundo por amor de nuestra familia humana. Para los cristianos, Dios que se ha hecho uno de nosotros en la humanidad de Jesús sigue conduciéndonos en una peregrinación de santidad, gracias al cual recuperamos y crecemos en nuestra semejanza a Él y nos volvemos así, según las palabras de San Pedro, en «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pt 1,4).

A lo largo de la historia, los creyentes han creado tiempos y espacios sagrados como oasis de encuentro, donde hombres y mujeres pueden tomar la inspiración necesaria para vivir sabiamente y

bien. De esta manera, ellos contribuyen a una educación integral de la persona humana, implicando “cabeza, manos, corazón y alma” y llevándola así a experimentar «la armonía de la integridad humana, es decir, toda la belleza propia de esta armonía» (*Encuentro sobre el Pacto Educativo Global “Religiones y Educación”, 5 de octubre 2021*).

Tal oasis de encuentro es aún más necesario en nuestro tiempo, en el que «a la continua aceleración de los cambios de la humanidad y del planeta se une hoy la intensificación de ritmos de vida y de trabajo» (Enc. *Laudato si'*, 18). Esta realidad repercute también en la vida y en la cultura religiosa y requiere una adecuada formación y educación de los jóvenes en las verdades eternas y en los métodos probados de oración y construcción de la paz. Aquí es importante notar una vez más que «desde siempre las religiones han tenido una estrecha relación con la educación, acompañando las actividades religiosas

con las educativas, docentes y académicas. Como en el pasado también hoy, con la sabiduría y la humanidad de nuestras tradiciones religiosas, queremos estimular una renovada acción educativa que pueda hacer crecer en el mundo la fraternidad universal» (*Encuentro “Religiones y Educación”, 5 de octubre 2021*).

Queridos amigos, deseo que esta peregrinación educativa os conduzca, guiados por el pensamiento de vuestro Maestro espiritual Buda, a un encuentro más profundo con vosotros mismos y con los otros, con la tradición cristiana y con la belleza de la tierra, que es nuestra casa común.

Que vuestra visita a Roma sea rica de momentos de encuentro auténtico, que se puedan convertir a su vez en preciosas ocasiones de crecimiento en conocimiento, sabiduría, diálogo y comprensión. Os doy las gracias por vuestra visita e invoco sobre vosotros celestes bendiciones.

Gracias.

Pubblicità

El testimonio de una Iglesia que se evangeliza para evangelizar

VIENE DE LA PÁGINA 1

de también la fe profesada, es decir, la adhesión convencida y manifiesta a Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo, que por amor nos ha creado, nos ha redimido. Una fe que nos transforma, que transforma nuestras relaciones, los criterios y los valores que determinan nuestras elecciones. El testimonio, por tanto, no puede prescindir de la coherencia entre lo que se cree y lo que se anuncia y lo que se vive. No se es creíble solamente diciendo una doctrina o una ideología, no. Una persona es creíble si tiene armonía entre lo que cree y lo que vive. Muchos cristianos solamente dicen que creen, pero viven de otra cosa, como si no lo fueran. Y esto es hipocresía. Lo contrario del testimonio es la hipocresía. Cuántas veces hemos escuchado “ah, este va a misa todos los domingos, y después vive así, así, así, así”: es verdad, es el contratestimonio.

Cada uno de nosotros está llamado a responder a tres preguntas fundamentales, así formuladas por Pablo VI: “¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?” (cf. *ibid.*). Hay una armonía: ¿crees en lo que anuncias? ¿Tú vives lo que crees? ¿Tú anuncias lo que vives? No nos podemos conformar con respuestas fáciles, preconfeccionadas. Estamos llamados a aceptar también el riesgo desestabilizante de la búsqueda, confiando plenamente en la acción del Espíritu Santo que obra en cada uno de nosotros, impulsándonos a ir siempre más allá: más allá de nuestros confines, más allá de nuestras barreras, más allá de nuestros límites, de cualquier tipo.

En este sentido, el testimonio de una vida cristiana conlleva un camino de santidad, basado en el



Bautismo, que nos hace «participes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 40). Una santidad que no está reservada a pocos; que es don de Dios y requiere ser acogido y que fructifique para nosotros y para los demás. Nosotros elegidos y amados por Dios, debemos llevar este amor a los otros. Pablo VI enseña que el celo por la evangelización brota de la santidad, brota del corazón que está lleno de Dios. Alimentada por la oración y sobre todo del amor por la Eucaristía, la evangelización a su vez hace crecer en santidad a la gente que la realiza (cf. *EN*, 76). Al mismo tiempo, sin la santidad la palabra del evangelizador «difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo», sino que «corre el riesgo de hacerse vana e infecunda» (*ibid.*).

Entonces, debemos ser conscientes que los destinatarios de la evangelización no son solamente los otros, aquellos que profesan otros credos o que no los profesan, sino también nosotros mismos, creyentes en Cristo y miembros activos del Pueblo de Dios. Y debemos convertirnos cada día, acoger la palabra de Dios y cambiar de vida: cada día. Y así se hace la evangelización del corazón. Para dar este testimonio, también la Iglesia en cuanto tal debe comenzar con la evangelización de sí misma. Si la Iglesia no se evangeliza a sí mis-

ma se queda en una pieza de museo. En cambio, lo que la actualiza constantemente es la evangelización de sí misma. Necesita escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones de su esperanza, el mandamiento nuevo del amor. La Iglesia, que es un pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos —muchos— siempre necesita oír proclamar las obras de Dios. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, tiene necesidad de tomar el Evangelio, rezar y sentir la fuerza del Espíritu que va cambiando el corazón (cf. *EN*, 15).

Una Iglesia que se evangeliza para evangelizar es una Iglesia que, guiada por el Espíritu Santo, está llamada a recorrer un camino exigente, un camino de conversión, de renovación. Esto conlleva también la capacidad de cambiar los modos de comprender y vivir su presencia evangelizadora en la historia, evitando refugiarse en las cómodas zonas de la lógica del “siempre se ha hecho así”. Son refugios que enferman la Iglesia. La Iglesia debe ir adelante, debe crecer continuamente, así permanecerá joven. Esta Iglesia está completamente dirigida a Dios, por tanto, es partícipe de su proyecto de salvación para la humanidad, y, al mismo tiempo, enteramente dirigida hacia la humanidad. La Iglesia debe ser una Iglesia que encuentra dialógicamente el mundo

contemporáneo, que teje relaciones fraternas, que genera espacios de encuentro, aplicando buenas prácticas de hospitalidad, de acogida, de reconocimiento e integración del otro y de la alteridad, y que cuida de la casa común que es la creación. Es decir, una Iglesia que encuentra dialógicamente el mundo contemporáneo, dialoga con el mundo contemporáneo, pero que encuentra cada día al Señor y dialoga con el Señor, y deja entrar al Espíritu Santo que es el protagonista de la evangelización. Sin el Espíritu Santo nosotros podremos solamente hacer publicidad de la Iglesia, no evangelizar. Es el Espíritu Santo en nosotros, lo que nos impulsa hacia la evangelización y esta es la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, os renuevo la invitación a leer y releer la *Evangelii nuntiandi*: os digo la verdad, yo la leo a menudo, porque es la obra maestra de san Pablo VI, es la herencia que nos ha dejado a nosotros para evangelizar.

«El agua no puede ser objeto de despilfarros y abusos o motivo de guerras». Lo reiteró el Papa con ocasión de la Jornada mundial dedicada a la protección de los recursos hídricos. Al finalizar la catequesis el Pontífice saludó a los peregrinos presentes, recordando la segunda Conferencia del Agua que se abrió ese mismo día en la sede de la ONU en Nueva York e invitando a renovar cada 25 de marzo el acto de consagración a la Virgen, como ocurrió el año pasado cuando «en unión con todos los Obispos del mundo, se consagraron la Iglesia y la humanidad, en particular Rusia y Ucrania, al corazón Inmaculado de María». La audiencia general concluyó después con el canto del *Pater Noster* y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los invito a leer y a reflexionar, de una mane-

ra personal y comunitaria, la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, y llevar a la oración estas preguntas: ¿Crees lo que anuncias? ¿Vives lo que crees? ¿Anuncias lo que vives? Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Hoy se celebra la Jornada Mundial del Agua. Vuelven a la mente las palabras de san Francisco de Asís: «Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde, y preciosa y casta». En estas sencillas palabras escuchamos la belleza de la creación y la conciencia de los desafíos que implica cuidar de ella. En estos días se celebra en Nueva York la segunda Conferencia del Agua de la Organización de las Naciones Unidas. Rezo por el buen resultado de los trabajos y espero que este importante evento pueda acelerar las iniciativas a favor de quienes sufren la escasez de agua, este bien primario. El agua no puede ser objeto de despilfarros y abusos o motivo de guerras, sino que debe ser preservada para nuestro beneficio y el de las generaciones futuras.

El sábado se celebrará la Solemnidad de la Anunciación del Señor y el pensamiento va al 25 de marzo del año pasado, cuando en unión con todos los Obispos del mundo, se consagraron la Iglesia y la humanidad, en particular Rusia y Ucrania, al corazón Inmaculado de María. No nos cansemos de encomendar la causa de la paz a la Reina de la paz. Por eso deseo invitar a cada creyente y comunidad, especialmente a los grupos de oración, a renovar cada 25 de marzo el acto de consagración a la Virgen, para que Ella, que es Madre, pueda custodiar a todos en la unidad y en la paz.

Y no nos olvidemos, en estos días, de la martirizada Ucrania, que sufre tanto.